

IV CONCURSO LITERARIO DE NARRATIVA.

El ladrillo de los sueños

Aisha pulsó otra vez, con insistencia, el timbre 23 en el panel del número 10 de la calle Torres del barrio de La Olivereta. Al final, un vecino que llegaba, abrió la puerta y le cedió el paso.

-¿A qué piso va?

-I don't understand -contestó Aisha.

El hombre se apeó en el quinto y Aisha salió con él, aunque tuvo después que subir todavía dos pisos a pie. Se detuvo un momento ante la puerta y llamó. Silencio. Volvió a llamar. Aisha dejó la maleta en tierra y suspiró antes de introducir en la cerradura la llave que tenía en la mano. Se sintió aliviada cuando está giró y pudo abrir. El ambiente era denso y olía a tabaco. Avanzó con precaución por un estrecho pasillo y, al llegar al salón, se quedó estupefacta. Desorden, botellas de cerveza, cola y ron, vasos medio vacíos, ceniceros repletos, restos de comida entre los que distinguió lonchas de jamón -similares a las que le habían ofrecido en la comida del avión y ella había rechazado tras informarse que se trataba de carne de cerdo cruda- y una máscara de goma de Bin Laden, como de carnaval, colgada del canto de un cuadro en la pared.

No sabía qué hacer. Intentó serenarse y se sentó en un hueco libre del desvencijado sofá, atestado de ropas desordenadas, trastos y revistas. Y esperó. No le quedaba más remedio.

Dos horas antes, el avión en el que viajaba había aterrizado en el aeropuerto de Valencia. Aquella mañana de abril, Aisha había cumplido treinta y un años y se notaba insegura, excitada y nerviosa. Hasta entonces sólo conocía su pueblo, Sabour, y algunos otros de Cachemira, además de Muzarf Abad, la capital de aquella región oriental del Paquistán fronteriza con la India. Dos días antes había tomado un autobús hasta Islamabad y luego tres aviones que fueron aterrizando en Milán, Madrid y Valencia.

¿Estaría Azis Mohamed esperándola? Era bueno, pero ¡tan loco a veces! ¿Le habría surgido algún imprevisto a última hora? Le telefoneó desde Italia y al llegar a Madrid, pero su móvil hacía un ruido raro y no oía que el de Azis recibiese la señal de llamada. Si no está me muero, pensó, mientras descendía la escalerilla del avión.

El vuelo de Aisha había llegado con más de una hora de retraso. El control de pasaportes fue muy lento, pero no tuvo ningún problema, al igual que en el de aduanas, en el que soportó un exhaustivo registro. Lo peor fue que cuando traspasó la puerta que le condujo al hall, Azis no aparecía. Tras media hora de nervios desatados, Aisha decidió tomar un taxi, después de mostrarle al conductor un papelito en el que había anotado la dirección donde enviaba las

cartas a Azis. Para tranquilizarse buscó en el bolso la llave que éste le había dado la última vez que se vieron, y la apretó con fuerza.

Aisha y Azis se conocían desde pequeños. Eran vecinos y a veces jugaban con otros niños a hacer cacharros y figuritas de barro, o arrastraban latas de sardinas viejas y sin tapa, repletas de arena, que transportaban tirando de un cordel como si fueran camiones. También trepaban a los árboles para coger higos, cerezas y moras, y hasta se tiraban piedras en bandos opuestos.

Conforme iban creciendo, empezaron a jugar por separado y, poco después, Aisha tuvo que cubrirse la cabeza con la *dodpta*, el velo con que las mujeres paquistaníes deben ocultar sus cabellos al salir a la calle. Entonces las relaciones entre adolescentes de uno y otro sexo se limitaron a pequeños giros coloquiales en los saludos, inflexiones de voz y, sobre todo, juegos de miradas.

Un día Azis, al cruzarse con Aisha le dio con disimulo un papelito doblado. La muchacha, llena de excitación, lo ocultó entre sus ropas y sólo cuando estuvo en la habitación que compartía con su hermana, se atrevió a leerlo.

Si quieres que te siga escribiendo, dime cuando nos crucemos: "viene la lluvia y por eso están alborotados los pájaros". Eso querrá decir que yo te dejaré mis escritos en el hueco del ladrillo roto de la esquina de tu corral, la de la higuera.

A partir de entonces, después de destruirlo, Aisha recordó a menudo, unas veces alegre y otras para darse ánimos, cuando la vida se volvió más dura y complicada, el primer mensaje secreto de Azis en el agujero de la pared, enrollado como un cigarrillo.

Ahora tienes trece años. Tus ojos tienen el color de las manzanas pequeñas y brillan como los de mi gato. Quisiera tenerlos cerca toda la vida.

Aisha le contestó en el ladrillo:

Tus ojos son negros como los de mi perrita y me gusta tu cara aunque tu nariz se curve como un arco.

Pese a la vecindad de sus casas, la rivalidad entre las familias de Aisha y Azis se remontaba a dos generaciones, ya que un asunto amoroso que acabó teñido en sangre, las había distanciado durante décadas. Por ello, en el intercambio de notas, que pronto derivaron en mensajes amorosos y confidencias, la pareja tuvo que extremar sus precauciones. Las normas sociales separaban a los jóvenes de diferente sexo hasta el día del matrimonio. Además, estaba aquella antigua deuda de sangre familiar y, por si fuera poco, Mukbarrek, el padre de Aisha, había prometido a la muchacha con un primo que se había ido a Karachi, donde regentaba un próspero negocio.

Con todo, las notas entre Aisha y Azis se fueron haciendo más largas y apasionadas y, cuanto más grandes eran los problemas y las dificultades que los separaban, más sentían la necesidad de verse por la calle, de cruzar miradas cómplices, de escribirse más y más.

Aisha comenzó a llevar un diario, del que luego extraía fragmentos para su amado. Azis, cuando le flojeaba la inspiración y no hallaba las palabras para expresar su deseo, o las encontraba muy repetidas, imitaba o plagiaba los versos de Omar Khayyan que luego iban a parar al nido secreto del ladrillo.

Mi calor derretirá las nieves del pasado
y las brumas del porvenir.
Te inundaré con mi luz
y romperé tus cadenas de prisionera.

Hasta cuatro veces lograron besarse fugazmente bajo las ramas de la higuera del corral de Aisha, que se extendían hasta la calle sobre el muro donde depositaban sus secretos.

Pero un día, aquel escondite que contenía con frecuencia versos y pasiones escritas, se convirtió en una manzana que albergaba un gusano, ya que un mensaje fue interceptado por el hermano mayor de Aisha, que se lo entregó a su padre.

Esta tarde iré a lavar la mula al río. Ponte el salwar rojo, que es el que más hace resaltar la belleza de tus ojos.

Fue la última vez que cruzaron sus sonrisas, sin hablarse, en la distancia, junto a la orilla del río Toará.

Aisha tenía dieciséis años, dos menos que su amado, y fue recluida en la casa. Pasaron seis años antes de que volviera a ver de nuevo a Azis.

Hubo una gran trifulca entre las familias, aunque no llegaron más allá de gritos, insultos y alguna amenaza. A los pocos meses, el joven consiguió un pasaporte y, por decisión propia, se despidió de su familia..

Azis voló hasta Hong Kong porque el visado se lo daban al llegar al aeropuerto pero, después de un mes, tuvo que regresar porque le fue imposible trabajar sin papeles. En Karachi estuvo empleado en un almacén hasta que volvió a reunir el dinero para un nuevo pasaje de avión. Esta vez el destino fue Dubai, donde también podía entrar sin visa. Allí trabajó en una cafetería. Luego en El Cairo, ocho meses de camarero en un restaurante. De allí a Casablanca, y sin salir del aeropuerto, a Tánger.

En el Zoco Pequeño de la ciudad, Azis encontró por casualidad a Habib un amigo de un pueblo vecino al suyo. Éste le puso en contacto con un marroquí que por mil dólares, al cabo de cinco días le devolvió su pasaporte con un visado para entrar a España.

Ceuta, Algeciras y un autobús hasta Valencia. Después de muchos años y con la residencia concedida, Azis todavía desconocía si aquel visado era legal o ilegal, ni de que modo se consiguió.

En Valencia, Azis tenía compatriotas conocidos, pero el piso donde vivían era minúsculo y discutían con frecuencia. Lo abandonó y tuvo que dormir con frecuencia en un viejo Renault. Rafa, su propietario, lo despertaba algunos días cuando abría la portezuela para ir al instituto y, cuando tenía tiempo, le invitaba a un café. Azis acabó en el piso de Rafa y, a partir de entonces, las puertas de las casas de los amigos del profesor se le abrieron y compartieron amistades.

Vendió flores, recogió naranjas, fue pinche de cocina y peón de la construcción y, con el tiempo, consiguió papeles y contratos legales, y sus hermanos y primos fueron llegando a Valencia.

El día que Aisha volvió a ver a Azis en Sabour, habían pasado casi seis años. Sabía que

se había ido a trabajar a un país extranjero, que ahora vivía en Europa, pero, aunque en un pueblo pequeño las noticias vuelan y todo se sabe, ella acabó diciéndoles a sus amigas que no le contaran nada de su antiguo enamorado, para evitar habladurías y porque le seguía provocando cierta inquietud. Por eso se sorprendió al verlo de lejos e instintivamente se tapó la boca con el dorado. Ahora estaba casada con Tarik, el primo que había hecho dinero en Karachi y, aunque seguía viviendo allí, muchos fines de semana viajaba hasta Sabour para estar con su mujer. Después de dos años, el matrimonio todavía no tenía hijos.

La última noticia que Aisha había tenido de Azis era que se había casado con una isáin, como llamaban en urdu a las cristianas.

En realidad Azis vivía con una mujer soltera, una andaluza muy guapa, aunque tal vez demasiado delgada para su gusto, que limpiaba pisos durante las mañanas, cuidaba de su hijo pequeño por las tardes, trabajaba los fines de semana en una discoteca y todavía le daba tiempo para ir al gimnasio de tres a cuatro, después de comer un poco de fruta. Paqui tenía nueve años más que Azis, pero parecía tan joven como él.

Azis siempre estuvo al tanto sobre Aisha a través de Barkat Alí, uno de sus hermanos, por carta, ya que al teléfono sólo preguntaba si ella estaba bien, y la respuesta siempre había sido un lacónico "sí".

Cuando volvió a ver a la que había sido su primer amor, Azis no pudo evitar un temblor en su nariz aguileña, que le descendió a los labios y le presionó levemente la garganta. Durante las noches volvió a pensar en ella y, alguna vez, Aisha también le visitó en sueños. Dormía mal y aunque su madre le preparaba a menudo su plato favorito, el goyet krahi de ternera, con tomate, cebolla, ajos, jengibre y muchas especias, perdió los pocos kilos que había ganado en los últimos y volvió a tener la figura de aquel muchacho alto y un poco desgarbado que un día había partido para Hong Kong.

En Valencia, al principio, Azis sólo probaba la comida al estilo paquistaní, preparada en casa, pero pronto compartió mesa en los bares con los compañeros de trabajo y llegó a aficionarse al carajillo tras la comida. Luego

vinieron las cervezas nocturnas con los amigos de Rafa y, cuando se fue a vivir con Paqui, el amor le hizo perder la aprensión al cerdo. Pero, tras casi cuatro años de convivencia, la pareja se había roto y Azis volvió a vivir con un hermano y dos de sus primos.

Más tarde se enteró de que Aisha había sido repudiada por su marido, entre otras razones por no poder darle descendencia. Cuando Azis volvió por segunda vez a Sabour, Aisha había vuelto a vivir con sus padres. Entonces la situación de ambos era y las tensiones entre sus familias se habían relajado.

Tras unas cortas vacaciones, Azis volvió a Valencia, pero Aisha y él no dejaron de escribirse y de hablar por teléfono todos los domingos desde el locutorio público recientemente instalado en Sabour. Dos años después Azis volvió para casarse con Aisha y, tras otros dos, pudieron conseguir la documentación necesaria para que ella pudiera venir a vivir a España.

La noche anterior a la llegada de Aisha a Valencia, en casa de Azis se celebró lo que suele llamarse una despedida de soltero. A partir del día siguiente viviría allí con su mujer.

Se juntaron su hermano, sus dos primos -que se acababan de mudar a otro piso- y otros tres pakistaníes, además de Rafa y varios amigos y amigas españolas y de otras partes de Europa. Cada cual trajo algo para compartir y hubo papas y almendras, fiambres, ensaladas y quesos, y un arroz con cordero, ciruelas y especias, cocinado por Azis. También refrescos, alcoholes, música, charla animada, canciones... Pasadas las doce, un vecino protestó y se bajó el tono, pero otro ya había llamado a la policía.

Una patrulla se presentó, identificó a los presentes, mandaron los datos al archivo de la jefatura y acabaron todos en comisaría.

Elisabeth Turney era una de las detenidas. Inglesa, hija de un alto oficial del ejército varias veces condecorado, su padre estaba en aquellos días participando en una misión de guerra. La joven exigió llamar de inmediato al consulado, pero sólo a las nueve de la mañana descolgaron el teléfono. Desde allí contactaron con la embajada, ésta consultó datos y telefoneó a Londres... Tras once horas, Elisabeth estuvo de nuevo en la calle.

Sentada en el sofá de aquella casa desconocida, de aquel país desconocido, Aisha se sintió tremendamente cansada. Tenía sueño, pero después de revisar el desorden reinante en las habitaciones, no se atrevía a acostarse. Además, estaba segura que le sería imposible dormir. Estaba tensa, le dolía la espalda, empezó a sentirse abatida y eso le dio miedo.

En casos similares, ella solía recitar unos versos que un día le escribió Azis bajo el dibujo de una rosa.

Guárdate de olvidar aquello que pueda hacerte feliz.
Si algún día no estoy
conserva esta flor y mi recuerdo junto a ti.

La rosa se perdió, pero aquellos versos nunca se olvidaron. Mientras los recitaba con insistencia, como si fueran una oración, Aisha recordaba la ilusión que la había acompañado durante los últimos meses, el deseo de abrazar a Azis, la excitación de imaginar como sería volar en avión, conocer otros países, la posibilidad de trabajar fuera de casa como era su deseo. Azis le había dicho que ya le había encontrado un trabajo, cuidar de los niños de unos amigos, llevarlos a la escuela, recogerlos,... Hasta que ellos tuvieran el suyo, pues Aisha estaba segura de ser fértil. Y si no, en estas ciudades modernas, había clínicas de fecundación artificial... Todo parecía fácil y posible.

Pero ¿dónde estoy?, ¿por dónde andas Azis Mohamed?

Había visto una fotografía de ambos sobre la mesilla de noche de un dormitorio, y esto la había tranquilizado un poco, pero pasaban las horas...

Llamaron a la puerta y se sobresaltó. Se arregló instintivamente el dodpta. Miró por la mirilla. Una chica rubia, de pelo muy corto, le sonreía. Abrió.

-Don't worry. No te preocupes. Azis llegará dentro de poco.

Xabier Corrales Ortega